



EMBARCADERO DEL CANAL IMPERIAL DE ARAGON.

CARTAS DE GONGORA.

Señor Don Angel Fernandez de los Rios.

Barcelona 12 noviembre de 1834.

Muy apreciable amigo: Siendo tan conocido como poeta célebre don Luis de Góngora y Argote, el público no tiene noticia de ninguna clase de composicion en prosa del mismo, por lo que me ha parecido agradecer á los lectores del SEMANARIO las adjuntas cartas, que con otras varias poco y tengo el gusto de remitirle.

Con este motivo se repite de V. A. S. Q. B. S. M.

LUIS MARÍA RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

Señor Don Francisco del Corral.

Dios dé á v.m. muchas Pascuas como estas con la salud que le deseo, que bien puede farto de mi volgaridad. Señor mío, no escribí la estafeta pasada, porque fué en el día mas ocupado que ha tenido la capilla con la muerte del Santo rey que está en el cielo. Murió último de marzo á las nueve y cuarto del día de un tabardillo mal entendido, y por eso no curado. Desde la extrema uncion le comenzaron á faltar escrupulos, y tantos, que delante de muchos dijo el martes (hoy hace ocho días en la tarde) á su confesor (1): «buena cuenta hemos dado vos y yo de mi alma: á que respondió S. Y.: «no ha tenido yo la culpa, pues siempre le ha dicho verdades á V. M.»—«Esto fué á los primeros años,» replicó el rey. De esta manera procedió aquella noche, dándole de su salvacion y conociendo sus omisiones y descuidos, de tal suerte que juzgaban era delirio. Embomendó mucho á su hijo al duque de Vedra, á quien en la misma noche hizo merced del principado de Risigniano en el reino de Nápoles de casi treinta mil ducados de renta, y al prior de S. Lorenzo del obispado de Tuy. Mientras disponia de

esto el Santo rey, su hijo que Dios guarde, llamó al Sr. D. Alonso de Cabrera y lo hizo partir á media noche á encontrar al cardenal duque que se tuvo nueva habia salido de Valladolid para este lugar, dando orden los detuviese y hiciese volver de donde quiera que lo encontrase. Esto se ejeculó en Martin Muñoz tan á pesar del duque, que se quedó muerto cuando se lo intimaron. Esta tarde ha llegado el señor D. Alonso, y al punto se fué al aposento del Sr. D. Baltasar de Zúñiga, y así no se puede saber mas de lo que ha pasado allí, si bien se dice que le dejó embargada la hacienda, porque acá le han embargado los juros. A otro ordinario escribiré con mas certidumbre esto. En esperando el rey que está en el cielo, S. M., que Dios guarde, se retiró á su aposento donde el duque de Vedra entregó los papeles que al mismo punto S. M. mandó tomar á D. Baltasar de Zúñiga, y pidiendo los demás á Juan de Zurita, los entregó á Antonio de Arostegui. Abrieron el testamento, y mientras lo leían en la galería á vista del cuerpo difunto, el rey nuestro Señor por otra provision confirmó á los presidentes y oidores de sus consejos, menos á los señores Pedro de Tapia y Antonio Bonal, á quien jubiló sustituyendo en su lugar á los señores don Juan de Frías del consejo de contaduría, y D. Berenguel de Aolz de la chancillería de Valladolid. Muró el mismo día el conde de Salazar por quien vacó la encomienda de Mérida que vale cuatro mil ducados, y se dió luego á Jacinto Velasco, sobrino del muerto y hijo de D. Luis de Velasco, el general de la caballería de Flandes. Dos días ha que privaron á Tomás de Angulo secretario de mercedes, y se dieron sus papeles á Pedro de Contreras secretario de cámara el día mismo que murió su padre. Pidió el rey el proceso de Siete-Iglesias, que despues acá ha dado tres audiencias á los jueces: anda este negocio muy apretado y ténese mal sucesó, porque se procederá á forzarle con segundo tormento á declaracion de cómplices, fuera de que se tiene por cierto que le han quitado tres hojas al proceso, de que estan algunas tenencias y de que dicen ha resultado el embargo que está tarde se ha hecho de los juros de Lerma. Llevaron el cuerpo á S. Lorenzo viernes á prima noche con poca luz, y menos autoridad que quisiera yo por la satisfaccion de tanto frances como ha concurrido. Al inquisidor gene-

(1) Tratado de Aliga, Impreso y Coberto.

tal no le dieron aposento los frailes y de limosna le acogió el médico del convento. Nadie le entra por la puerta, al duque de Vueda menos: todo es ahora el señor D. Baltasar de Zúñiga y conde de Olivares. S. M., Dios le guarde, está el mes lindo mozo del mundo. Dios le deja lograr. Ayer tarde hizo merced á nuestro D. Luis Venegas del cargo de aposentador mayor con las preeminencias y calidades que lo tuvo su padre. A la mañana se pidió y sin mas dilacion de consulta se provoyó á la tarde. Estoy contento porque de esta manera espero tener presto casa de aposento, ya que Cristóbal de Heredia me deja sin dineros y sin carta y vm. sin respuesta, que es mi mayor consuelo.

Ya tengo perdida la esperanza y la paciencia, pues me pone en punto de perder la honra en un lugar como este. Ya caminamos á contrío meses de alimentos sin haber visto un maravedí de todos ellos, y lo que mas siento, sin hacer caso de mí por carta.

Así Dios guarde á vmd. y al señor D. Rodrigo que le confieso que en mi vida me ha visto mas apurado, porque en llegando ya á desestimacion de la persona no hago caso de la falta del dinero: y no sé en que fundó Cristóbal de Heredia tanto silencio y tanta aridez á mis necesidades hablando ya convenido en la cantidad y ofreciendome la anticipacion de los seis meses. Suplico á vm. rependa esta sustraxion de manera que se cumpla lo que se pone, á se rompa todo, que yo comer tengo, y no quieran, lo que es obligacion agradecida como amistañ, hacella merced y tan voluntaria que sea vergonzosa; no puedo ya sufrillo y prometo á vm. que por no llegar á escribir esto entré con las nuevas que ha leído vm. en esta carta; mas como no pudo escusar de pedir lo que tanto le menester, no pudo tampoco escusar el decir mi sentimiento. Perdoneme vm. y sirvas mandar se me compre á cuenta de mis alimentos cuatro arrobas de azucar seco, digo, de lo ya tocado en las alquitaras con que nos solemos tomar baños, que me lo ha pedido el barbero del señor patriarca que lo es mio tambien, y suplico á vm. venga bien acondicionado en serillos de palma, y despues estos en uno de esparto. Perdome vm. mi amor y mi señor.

Grandes mudanzas se esperan, yo tré dando cuenta de ellas. A mi señora doña Ines beso las manos muchas veces. Madrid y Abril 6 do 1621 años.

D. LUIS DE GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: No llegó al lago de los leones el otro profeta mas á tiempo que Martín Ruiz ayer á medio día llegó á mi posada: beso la mano á vm. por el trabajo que le cuestan mis sororros.

El embargo de los juros del duque de Lerma es en diferente forma de lo que escribí á vm. Hízose por un decreto de S. M. al consejo de Hacienda restituyendole las..... de que el rey que está en el cielo le hizo merced en el reino de Sicilia valuandolas en setenta y dos mil ducados de renta. Es el decreto grave y de razones tan poderosas que lo debió de estar cuidado al señor D. Fernando Carrillo.

Al duque de Osuna prendieron el miércoles pasado á mediodía de esta forma. Estando para comer entró el señor D. Agustín Mogia, tan solo, que nadie le conoció, hasta llegar al duque, bien sea verdad que lo encubrió el capiroto: sentóse y mandando salir los criados se quedaron hablando los dos no sabemos que, si bien creo que fue del estado presente de las cosas: esto debió de ser espacio de cuatro credos, cuando llegó el marqués de Povar habiendo cercado la casa toda con la guardia española, y con veinte soldados entrando hasta la misma sala dijo D. Agustín V. E. sea preso por el rey nuestro Señor y su consejo de estado. El duque entonces perdió de color desde que vido entrar al marqués y las alabardas de rondón y respondió: por cierto señores un portero del consejo bastará, cuanto mas tan grandes caballeros; vamos donde VV. SS. tienen orden de llevarme, y porque estoy tan cojo como ven deme licencia que baje la escalera en mi silla. D. Agustín entonces dandole el brazo dijo: yo quiero ser bracerero de V. E. y el señor marqués la será tambien porque no tenemos orden de otra cosa. Salieron con esto, y llamando el duque á su mayordomo no consentieron que le hablase, antes mandaron siguiese la comitiva del duque, y sin dar lugar á otra cosa lo sacaron en un coche: él en la popa, D. Agustín en la proa, Povar en el estribo derecho y á el otro estribo á caballo D. Fernando Verdugo su teniente. Sacaronlo por la puerta de Alcalá, y al primer humilladero la esperaba un coche de seis mulas en que el marqués le llevó con cuarenta soldados á la fuerza de la Alameda, y á la noche salió para allá D. Carlos Coloma pastellano de Cambray con diez y seis arcabuceros á quien lo dejó entregado Povar; porque el señor D. Agustín se volvió desde el humilladero. Sacaronlo los bienes, prendieron al secretario, y otros criados mas tomaron la cantidad de papelas que hablaron un mas de lo que el duque ha hablado, con ser mucho. Al conde de Saldaña mandó

S. M. antes de anoche le intimase el señor D. Baltasar de Zúñiga renunciasse el oficio de caballero mayor y se fuese á Flandes con un vajaja de grande que son quinientos ducados al mes. Ha hecho hasta agora todos. Hacesse merced del oficio al duque del Infantado aunque no lo aceta por ser despojos de su yerno; mas entienese que es ceremonia, y que lo aceta de buena gana. Ayer, segundo día de Pascua, estando yo con el señor conde de Olivares á las doce y media lo llamó S. M. y habiendolo despachado no sé qué negocios brevemente con el conde de Benavente, estando el del Infantado y Velada tambien para negocios, dijo el rey en voz mas alta que suele: «Conde de Olivares, cubrios.» Hizolo el conde, y volviendose luego á descubrir hechas tres reverencias, besó la mano de S. M. Diciendole todos el parabien los que allí estaban con S. M. Luego salió una aynda de cámara dando la nueva á los que habiamos quedado en su aposento, que fue de mucho contento para todos, porque el conde mereca el aplauso con que se oyó. Salí de allí á media hora y fue saludado con toda excelencia sin lisonja ninguna. Yo le diho mucha merced que me hace.

Ya creo que avisé á vm. del oficio que lo habian hecho merced de aposentador mayor á nuestro D. Luis Venegas ó á mi por mejor decir, pues tendré casa de aposento, si Dios fuere servido, que no es pequeña ayuda de costa, y si con esto y la benevolencia de los nuevos privados no meoro mi partido, lista es mi vida. A mi amigo no escribo hasta enviarle esta proija vara de la cruzada que será sin falta en toda esta semana porque el señor Patriarca es el mas menpudo ministro que se conoce y despues de mí escripulos me dió la palabra ayer que el primer día de consejo firmaria la provision.

En grande altura tenemos á el señor D. Alonso de Cabrera; hoy he acompañado á s. m. con mucho gusto. A mi señora Doña Ines beso las manos con las del señor D. Rodrigo muchas veces.

Madrid y abril 15 de 1621 años.

D. LUIS DE GÓNGORA.

Señor Don Francisco del Corral.

Mi amo y mi señor: Humedetijo me há la yema del dedo apenas esta gota de agua que vm. y Dios le guarde! me ha solletado; mas hágole saber que el choparja me ha dejado los labios tan secos como antes. ¿Dónde está este casual del amigo? ¿qué hacienda es esta que un agosito la enjuga? Un agosito debe de sorber el señor D. Fernando de Córdoba pues no da lugar á que siquiera salisaga nuestro Cristóbal á lo que ha puesto conuigo. Bien fuera razón que me resultara en este peliza lo que monta lo caido de mis alimentos sin dármelos á arbas, que ya me contento con al fin del mes cobrar lo corrido, pues los Herederos tienen pesy deudo con el adelantado. Suplico á vm. por arriero ó por otra cualquier via cause al amigo para que me remita lo que resta, que no habrá rema de fortugas que me resultara en este mes se acabo, y con esto vamos á lo que hoy me tiene tan lastimado, que no me delendré en escribirlo por no agravar el sentimiento. Remito á vm. una copia de la sentencia deste desdichado marqués y diré en el estado que hoy está. Oyó su sentencia viernes á las once de la mañana nueve de este con tanto valor que encriandose el secretario y testigos no alteró su semblante, ni dijo mas que: «Dios sea loado: bendita sea la virgen nuestra señora.» Llamó á la tarde su letrado y consultóle si con buena conciencia podía dejar de suplicar della: respondió que no. Dijo que si era para los mismos jueros á la daga por confirmada, y así no habla que tratar sino de lo que mas importaba. Invó á otro día á pedir al P. Gerónimo de Florencia le hiciese merced y caridad de venirle á consolar en aquel trance donde tenia que consultarle cosas de su conciencia: respondió que le perdonase. Hizó la misma diligencia con el P. fray Gregorio de Pedrosa, amigo tan suyo antes, que le debia á pesar del duque, la autoridad y presto que hoy tiene: respondió lo mismo: y envió á rogar al P. General de los Carmelitas descalzos le socorriese en tiempo que tanto habia menester sus letrás y espíritu. Hicilo el buen fraile con mucha caridad y con él ha estado despues acá cuatro ó seis horas cada día, sabiendo tan consolado de ver la conformidad con que está y publicándolo de manera que tiene á todos lastimados, y á sus enemigos confusos. El santo viejo Juan Calderon, la buena marquesa y sus hijos han visto, no sé cuántas veces, al señor D. Baltasar al señor conde de Olivares, y dicen que á S. M. con tantas lágrimas que no han podido hablar ni el señor D. Baltasar responderles sin llorar; mas todo no bastará á impedir la ejecucion. Yo lo he sentido de aquella que no he tenido fuerza hasta ahora para escribirselo á vm. á quien suplico la haga encomendar á Dios, y decirle algunas misas por lo que fue amigo de vm. y deseey servirlo. Salgamos á cosas menos melancólicas. El sábado pasado en la tarde se publicó en consejo de estado la jornada del señor conde de Monterrey á Roma á dar la obediencia á S. S. y luego á prima noche lo mandó S. M. cubrir juntamente con el marqués de Castil-Rodrigo

publicáronse á la misma hora. Dijo jurasen de gentil-hombres de la cámara con ejercicio los señores el duque del Infantado, conde de Peñaranda, marqués del Carpio, conde de Portalegre, D. Jaime de Cárdenas, hermano del de Marquada. Sin ejercicio llaves que llaman capitanes besaron la mano, porque no juran los tales, los señores el marqués del Villar, conde de Fuen-Salida, marqués de Caracena, marqués de Castete, que juntos con los del otro Siglo han multiplicado la coponera de suerte que el rey se halla embarazado, y el otro día tanto que hallando á Pastrana y á Castete en el salon mandó á un ayudo de cámara que les dijese que saliesen á fuera; y replicando Pastrana al ayudo que el sabid hasta donde podía entrar y que el sumiller solo podía darle órdenes semejantes, salió S. M. y le dijo que saliese, que él lo mandaba, cómo despojaron agriso el puesto. Besó la mano tambien entonces el marqués de Malpica por aydo y mayor domo mayor del Infante cardenal. Otro día dieron título á su hijo mayor del dicho Malpica de conde de Navalmaral y hicieron mayor domo de la reina á su yerno el conde de Mora; de suerte que no ha negociado mal esta casa. Lo que fuese sucediendo irá sin falta avisando á vm. pues gusta de que le cause con mis cartas. De mi D. Gomez no me dice vm. nada, y del silencio infiere el lugar que tengo en su gracia; mas no desamará por eso mi reconocimiento y voluntad. A su merced hago las; manos con las de mi señora doña Ines etc. Madrid y Julio 20 de 1621 años.

D. Luis DE GÓNGORA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO TERCERO.

Tócanos ahora dar la última mano á la descripción del edificio que constituye el teatro ateniense, un tanto interrumpida por la digresion musical, que con amueñia de nuestros benévolo lectores nos hemos permitido. Descrietas ya las dos partes, de las tres, que según hemos convenido, formaban aquel teatro, el escenario, el salon de platea, ó espacio intermedio, réstanos ahora bosquejar la parte en que se colocaban los espectadores, lo que segun lo dicho atrás, se llamaba *teatro* del consabido verbo griego.

Si tuviésemos el poder sobrenatural de que estaban dotados los santos de otro tiempo—que esta raza de hombres no existe ya entre nosotros—de trasladar con la fuerza de la voluntad montes y collados de una parte á otra, trasladaríamos, por un momento, la parte circular de nuestro teatro que da frente al escenario, y que forman las galerías, anfiteatros y asientos generales, á un punto cualquiera donde no nos estorbáse, y en su lugar pondríamos un arco cualquiera de círculo, cortado perpendicularmente del que forma una plaza de toros, con su serie de asientos de piedra, gradas y tabloncillos, y su última fila de palcos, que corona tan imponente y grandioso conjunto. De este modo, un tanto fabuloso en su ejeneion, formaríamos, colocándonos á una prudente altura, una idea aproximada de la disposición general de aquella parte del edificio teatral de que venimos hablando. Circunscribiendo ahora las líneas de nuestro bosquejo á proporciones más marcadas, diremos que esta serie de escalones de piedra ó gradas se dividía en los grandes teatros en tres pisos, rodeados cada uno de un pórtico y compuestos de nueve filas de asientos. En estas filas se sentaban los espectadores, expuestos como ya hemos visto en otro lugar, á los ardores siempre dolces, siempre templados y benignos del sol de la Grecia. En suma, el teatro griego, en esta parte, se asemejaba al anfiteatro romano y al nuestro español. Pero antes de descender á pormenores sobre el lado del teatro que estamos describiendo, conviniémos pararnos un momento, para indicar algunas reflexiones á las cuales nos dá lugar.

Cuando un viajero visita las ruinas de Babilonia ó de Palmira, las pirámides de Egipto ó los derrubidos palacios de los Césares, párase de repente, descubre respetuosa su cabeza, inclina las rodillas, venera con fusa lenta majestad, y se entrega luego en silenciosa tristez á la serie de graves y aterradoras reflexiones que se agolpan á su mente perdida, abismada en tanta grandez. A semejanza de aqueste viajero, ya que como él, cual otro Anacarsis, vamos viajando por la Grecia antigua, parémonos un instante á contemplar la grandiosa mole de aquel edificio, sobre cuyo severo frontis se lee la palabra *Teatro*. Ahora está desierto. Los ayes que ha despertado vibrantes y sonoros una comedia de Aristóteles que acaba de representarse, despues de haber vagado en el ámbito del teatro, se han perdido en el espacio. Entremos, y cual otro ateniense, sentémonos en una de las gradas silenciosas. ¡Qué imponente espectáculo! ¡Cómo la vista se ensancha hor el horizonte! ¡Cómo la imaginacion se mete risueña entre los mil

variados objetos que se le presentan! ¡Qué imponente serie de contrastes! La bahía de Falero, recostándose sobre el ancho playa de movible arena, cuyos movimientos de vaiven siguen sumisos; el mar benigno y placentero, que se cernie en su vasta cuna, como las aguas de un lago se agitan al compás de encontradas brisas; las saetas que vagan abriendo sus velas al aura bienhechora que las guía; el puerto del Pireo lleno de navios de todos los pueblos de Grecia, cuyas popas ostentan las variadas coronas de flores que los distinguen; los templos que se alzan imponentes en las riberas del mar, y á cuyos silenciosos pórticos se encamina algun sábio, para meditar sobre las causas supremas de las cosas; los túmulos de los grandes hombres, que duermen su eterno sueño en medio de la apacible soledad de la campiña; las colinas, cuyas verdes zonas se juntan en armoniosos uniones al claro azul del horizonte, y sobre las cuales se destaca la humilde morada de algun discípulo de Pitágoras viviendo en la paz del retiro; la alta ciudad que se divisa al Norte, inclinada, con lujurioso abandono, sobre las falidas del monte Himeto; el cementerio de Atenas, semejante á los modernos cementerios franceses, estendiéndose á lo largo de las floridas márgenes del rio Iliso, y haciendo contrastar su inalterable silencio con el ruidoso bullicio de la ciudad que proyecta sobre él su agitada sombra; el Cinosargo, suntuoso gimnasio de Atenas, mas animado, más rico en *dramáticos* detalles que los nuestros; el jardín de la Academia, en donde Platón explica á sus discípulos el dogma de la inmortalidad del alma, en medio de flores cuya efímera existencia se va apagando á compás de sus palabras; el Agora, en cuyos lejanos murmullos nos revelan las luchas de un pueblo que condena ó absuelve al general imprudente que ha expuesto los destinos de la patria; y el campo de Maratón, en fin, sembrado de héroes, cuyas augustas sombras se alzan durante la noche para exhortar á sus degenerados conciudadanos á imitar sus patrias virtudes. Tal es el espectáculo que se desarrolla á nuestras absortas miradas. En él, todo es grande, imponente, sublime. Al aspecto de tan variados y fecundos contrastes, álzase la mente y piérdese en alas de los grandes pensamientos que surgen en su seno: el corazón se afecta y commueve, y derrama á torrentes las sensaciones que le agitan y que no puede contener en sus estrechos límites.

En este inmenso cuadro, la naturaleza y el arte, la ciencia y su manifestacion esterna, la Divinidad y el hombre se hallan confundidos. La idea humana sienta su orgullosa planta al lato de la idea divina; el sentimiento del hombre, reflejado en sus obras, compite con el sentimiento de la naturaleza; el poder de los dioses se halla igualado, y á veces vencido, por el poder creador del humano entendimiento. El arte se manifiesta aquí de mil modos: su expresion diversa revela alternativamente ideas de grandez y de pequenez, de fuerza y de debilidad, de fecundidad y de impotencia, de esplendor y de tinieblas. En las personas, en las cosas, en los hechos todos se reproduce una idea, un pensamiento que los anima, que los idealiza é inspira, cual misteriosa ayuda que fecunda la urna de clara fuente, que les da formas humanas, graves ó cómicas, severas ó risueñas, profundas ó sublimes, simpáticas ó aterradoras. El ancho mar, las lejanas colinas, las altas montañas, perdiéndose en lo vago del horizonte; los monumentos públicos, los templos de los dioses y de los hombres, las tumbas de los héroes, los campos de batalla, las moradas silenciosas de los muertos, los vastos recintos donde se agitan y bullen los mortales, el incesante movimiento y la calma profunda, el espaloral silencio ó el ruido atónador, el orden admirable ó la horrenda confusión, la alegría risueña ó la amarga tristeza, forman un inmenso conjunto, en que los hechos físicos se unen á los hechos morales; en que el sentimiento se hermana con la idea, el fondo con la forma que le cubre, y en medio de esta serie de elementos, diversos entre sí, pero unidos por un lazo misterioso, que los hace concurrir á un mismo objeto, á la expresion de una suma de ideas análogas, se alza imponente el teatro que lo domina todo, que lo oprime y oplanas, por decirlo así, con el peso de su grandiosa mole, con el total de fuerzas morales é intelectuales de que dispone, y con ese poder misterioso que le atribuye la imaginacion de todo un pueblo.

El arte dramático se inspira de todas estas ideas, las absorbe como el sol bebe el agua de la tierra para formar las nubes, y las refleja despues mas bellas, mas hermosas, más ricas de atractivos. El drama se robustece y ensancha con las fuerzas altamente *dramáticas* que se desprenden de los ayes que le rodean. La mente humana adquiere sobrenatural vigor en la contemplacion de los atrevidos contrastes que cortan la uniforme regularidad de sus pensamientos; inspirada por tan fecundas motivos, envía á revidales sin fin su inagotable creacion: su poder crece y toma temerarias proporciones; el corazón se abre al fado á la natural expresion con que de dóto la naturaleza, y derrama incesante manantiales de sentimientos y acentos: establece una simpática union, un misterioso fluído entre el hombre, la naturaleza y el arte: cada uno de estos elementos se ayuda con las fuerzas del otro, y multiplica su poder. El autor podrá que se halla sepultado en Malotras; las virtudes civicas encerradas en los sepulcros que se de-

vienden por la llanura de Plataea á á lo largo del estrecho de Salamina; el subilts heroismo de Coiro arrojándose á la muerte, como Dacio á la suya, para salvar á la patria; agitación éntre dentro de la tumba; los sícitas, en fin, donde duermen tantos esclarecidos varones, tantas virtudes desgraciadas, tantas pasiones de violentos resultados, y donde reposan opuestas las grandes sombras de Temístocles y de Pelea, son otros tantos motivos de fecunda inspiración y arrebatador entusiasmo. El drama pues, considerado, ya en sí mismo, ya en su unión con los demás elementos, adquiere esa masa de representación moral, artística, intelectual y social, con que le hemos visto revestido desde el principio de nuestros artículos.

Ya hemos terminado las reflexiones que hemos prometido, y á las que nos ha dado lugar el púdico pálsaje que se desarrollaba á lo lejos desde el sitio que ocupaban los espectadores para asistir á las funciones dramáticas. Hemos ahora algunos pormenores descriptivos que completan el cuadro comenzado, que según hemos convenido, se llamaba propiamente teatro.

Aunque queramos, no podemos negarlo: somos verdaderos discípulos de un hombre muy sábio, de un profundo pensador del siglo XVII, á un mismo tiempo gran filósofo y eminente matemático, de Descartes, ya que este nombre va siendo algo conocido entre nosotros. Anté todo, nos gusta el órden en nuestros trabajos. Somos apasionados del método, como condición esencial en todas cosas. Nuestro bello ideal con las definiciones, las divisiones, las clasificaciones y enumeraciones. En vista de este gusto, y siguiendo nuestra antigua tradición, dividiremos en tres grandes partes esa elevada líra de asientos que se alza desde el salon de *orquesta*, ó en moderno estílo, de *platea*, y va cambiando gradualmente, al estenderse, en oblicua, su alta línea.

Estas partes son: la *summa cavea*, la *media cavea*, y la *ima cavea*. Palabras técnicas, términos sacramentales, y á los cuales no nos es dado tocar de modo alguno. No traduiremos. La *summa cavea*, es la elevada ó alta cueva. No nos escandalicemos, que la moderna nomenclatura ofrece al ridículo no pocos lados vulnerables. La *media cavea*, es la cueva media; y la *ima cavea*, es la cueva baja ó inferior. O lo que es lo mismo: el paraíso, tertulia, ó entrada general de arriba: las galerías intermedias, anfiteatro, ó palcos principales y secundos: las galerías bajas, palcos bajos, ó entradas generales de igual denominación, pues este órden y nomenclatura varían según los teatros.

En la *cavea* del centro se sentaban los hombres de las clases medias de aquella sociedad, en la *cavea* de abajo, como mas honorífica, pues correspondía á nuestras filas de lunetas, tomaba asiento los grandes dignatarios del Estado: allí tambien solian verse formando raras al par que honrosas escepciones, las damas de la alta aristocracia ateniense, y principalmente aquellas que habian hecho á la patria amables servicios. No podemos hablar con tanta concision de la *summa cavea*. Según lo que hemos podido colegir, siempre tuvo este sitio en la historia del arte teatral un carácter especial, singular, extraño. En la *cavea* de arriba, en el paraíso, se sentaron en un principio las mujeres de las clases bajas sociales. Punto esencialmente *amatónico*, las heroínas atenienses que le gustaban, típos bastante perfectos de nuestras españolas mantas, no daban cuartel á ningún varón: á semejanza de las mujeres hebreas, cuando se hallaban en el templo, no permitían que ningún objeto masculino viniese á contrastar, disforme y chocante, con la uniforme regularidad de su sexo.

Si los antiguos hubiesen tenido el don supremo que tenemos nosotros los modernos, de imponer nombres retumbantes á las cosas mas sencillas, hubieran ciertamente trocado el lugubre y sombrío nombre de *cavea*, por el dulce, sonoro y simpático de *paraíso*. La razon es muy óbvia. El paraíso griego, al contrario del nuestro, ofrecía verdaderos elementos de bienestar material, que si este los tuviese, harían su nombre menos burlesco. En cuanto á la comodidad, abundancia de espacio, aire respirable, ambiente fresco y demás condiciones higiénicas de que allí se gozaba, creemos que el mismo Mahoma no hubiera desobedecido de dadas cabida en el suyo. Ya hemos apuntado atrás, que esta última parte del teatro que venimos describiendo, se asemejaba en su conjunto á un arco del círculo que forman nuestras plazas de toros, con su última líra de palcos: — aunque comparación tan *sagrigranta* esté reñida con la benignidad artística del arte dramático. — Estos palcos formaban una galería corrida semicircular, cubierta de modo que fuese insuperable antemural á los envites atmosféricos. En lo demás del teatro, estos, cuando se presentaba la ocasión, ejercían su furor como bueno les parecia.

El paraíso romano se diferenciaba del paraíso griego en que el primero no era tan exclusivista como el segundo.

El romano abrió ántero sus anchas puertas á toda clase de individuos, sin distinción alguna de sexos. El griego daba solo cabida en su seno á la mas bella mitad del género humano. Las analogías y semejanzas existentes entre ambos locales se referian solo á los concurrentes ó afluencias á ellas. En una y otra parte eran personas cuya

categoría, estereótipo ó carácter social se hallaba á igual altura. En esto solía á veces asemejarse á nuestra moderna tertulia.

Sin embargo, es preciso convenir que esta, ó lo que es lo mismo el local que nosotros hemos bautizado con el nombre gránde de *paraíso*, tiene en los tiempos modernos un carácter especial de que carecía seguramente entre los antiguos. Nos referimos á ese carácter *contámpico*, *voluptuoso*, y altamente *histórico*, con que le conocemos en las actuales ocasiones y costumbres contemporáneas, creemos ofrecerle abundante materia á la paleta del artista al *album*, y observaciones curiosas del viajero, al poeta drámatico de comedias de carácter, al novelista y escritor de costumbres, al gacelillero y al cronista de la capital.

En él se encuentran abundantes todos cuantos tipos, escenas *clásicas*, casos divertidos ó interesantes aventuras, nos trazan y relatan, con pinceles algún tanto recargado y fálto á veces de buen gusto, nuestros modernos escritores de costumbres, Gil y Zárate, Mesonero, Larra, Rubi, Fray Gerundio y otros, cuyos artillos, y sea dicho con el respeto y asustamiento que estos señores se merecen, son de infinitísimo mérito, puestos al lado de los que han escrito y escriben en este género nuestros convecios y modelos, Karr, Kock, Balzac, Sandeau, Gauthier y demás escritores de dicha escuela, por mil conceptos inimitable. Allí se encuentra al casaca con las mil clases, categorías, condiciones, géneros y especies, tribus y familias en que se le ha dividido y subdividido: planta especial y del país, que cada ministro riega con mano liberal y espléndida; que solo nace en el suelo español, y se cria, si no lozana, al menos numerosa bajo nuestros diversos climas, y en cuyo trabajo y colaboración emplea el tesoro nacional cantidades exorbitantes. Allí se ven en fin reproducidos *dramas de veccinda*, *hombres calaveras*, *mujeres de mundo*, y otros muchos típos *sui generis*, cuya importancia grotesca es mas ó menos grande.

Pero no pretendemos escribir artículos de costumbres. Tenemos amigos dotados de rica imaginación, de talento flexible, de fecunda vena y espíritu observador, y los aconsejamos vivamente que cultiven, siguiendo la buena escuela francesa, este género tan nuevo entre nosotros, pero de una fertilidad y abundancia de elementos verdaderamente asombrosa. Nosotros, eminentemente *clásicos* en medio de un siglo romántico, obedecemos aquello de *sumite materiam vestri, qui scribitis, aquam, viribus*.

... consulta antes
cien veces y otras cien las propias fuerzas,
y ved si grato el cielo
se otorgó la ardiente fantasía,
el genio creador, digno tan solo
del sacro lauro del divino Apolo.

como dice muy bien el señor Martínez de la Rosa. Precepto altamente sábio y de la mayor trascendencia, y que no debiéramos jamás cansarnos de repetir, por lo mismo que nosotros, los jóvenes modernos, hacemos ántes de ridiculizarlo y despreciarlo, pretendiendo con repugnante cinismo ascendir su benéfico yugo.

Con todo, si se nos permite, diremos gustosos, y en dos palabras, pues este artículo va tomando ya dimensiones por demasiado crecidas, que existen en nuestros modernos paraísos, y principalmente en el del Teatro Real madrileño, típos especiales que se han sustraído hasta ahora á la observación de nuestros escritores de costumbres sociales, en fuerza de la flexibilidad de movimientos de que están dotados. Típos que se despojan en el trato natural de la sociedad del carácter grotesco que toman en momentos dados, y especialmente al entrar por las puertas del teatro. Típos cuyo bello ideal se halla en ciertos seres humanos cuya clasificación genérica no queremos citar, por ahorrarnos sus iras, pero cuya ridícula individualidad podríamos muy bien señalar con el dedo; tipos en fin cuyas exageradas pederaciones de *dilettanti* musicales les suministran el disfraz con que se ofrecen burlescos y empalagosos á nuestras ingenuas miradas. Sin embargamos ahora en ir examinando pieza por pieza el disfraz cómico que tanto nos repugna y se complacen en ostentarlo añáos, diremos que una de sus *carpantes* monomanías consiste en pretender estudiar en el paraíso del teatro las diversas escuelas musicales, el clasicismo en las óperas de Bellini, el sentimentalismo en las de Donizetti, la escuela afectada ó gongorina en las de Verdi, la romántica alemana en las de Meyerbeer, y así sucesivamente. Siendo aun lo peor del caso, que verifican este estudio musical con un disonante rumbido en tono *piantissimísimo* ó *plañtissimo*, que nos revela el canto de Jeremías llorando las fatigas calamitadas de Jerusalem. Si alguno escribiese cualquier día sobre costumbres teatrales, le recomendamos estos tipos, que uscan, crecen, se desarrollan, viven y mueren, en el paraíso de los teatros de la ópera.

Por lo demás, solo diremos para concluir este artículo, que el otro punto de contacto que tenía con el nuestro el teatro ateniense, consistía

en que su paririo, compuesto todo ó en su mayor parte de mujeres, se asemeja á nuestra tradicional y muy veneranda costumbre; morada exclusiva de este sexo, y en tiempos teatrales no muy lejanos de nosotros, regada con las lágrimas que derramaban abundantes nuestras abuelas, al presenciar las famosas comedias del Doctor Godinet, tales como *Los sueños de Josef ó el mas feliz cautiverio*, *Los trabajos de Job*, *El diluvio universal*, *Las lágrimas de David*, y otras de este santo Jort.

—ANTONIO DE AQUINO.

PIEDRA MOVEDIZA NO CRIA MONO.

M. Destival, oficial de marina retirado, tenia diez mil francos de sueldo, una hija de quince años llamada Celina, tan buena como bonita, y dos sobrinos de veinte años, Eduardo Graville y Carlos Desmond, á quienes tenia un cariño paternal.

Eduardo y Carlos, gracias á las recomendaciones de M. Destival, ocupaban dos modestos empleos en casa de uno de los principales banqueros de la capital; por otra parte, no tenían mas fortuna; pero si no

tiene mas que quince años; esperamos á que larga veleta, antes de ponerla á prueba en esta materia. Como los dios me parecían muy dispuestos para ser el hombre de bien de que acabo de hablar, este plazo de cinco años nos ofrece la maravillosa ventaja de conciliar nuestro deseo con mis intenciones. Pero mis planes formales son de no aceptar por yerno á un hombre que no tenga por su renta ó por su posición una fortuna al menos igual al dote de mi hija, que será de cien mil francos. Ya veis, pobres amigos míos, que estabais muy fuera de cuenta si mi Celina estuviere en edad de casarse en el día; y á pesar de la amistad que os profeso me veria precisado á rehusaros con vosotros mil docientos francos de sueldo. Pero sois jóvenes, tenéis energía y talento, cinco años de término, y tengo esperanza que cambiareis de tal modo la faz de las cosas, que dentro de cinco años os será muy fácil lo que en el día os es imposible.

Eduardo y Carlos estrecharon á un tiempo las manos de su tío con respetuoso cariño.

—Dentro de cinco años no tendréis mas que decidir entre los dos.

—Hé aqui una fantasmada replicó M. Destival; no tenéis nada, y hacer algo de nada me parece un problema difícil de resolver; creo, por ejemplo, que se encontrarían menos obstáculos si se tratase de



se hacia sentir demasiado su mezquina posición, era efecto de las liberalidades de su tío, que de cuando en cuando venían en muy buena hora á suplir la insolencia de sus sueldos.

Un día M. Destival, que habitaba una deliciosa casa de campo á corta distancia de París, despues de comer condujo á sus dos sobrinos bajo la fresca sombra de una calle de tilos, y les dijo:

—Ya sabéis, amigos míos, que siempre me ha sido grato, y aun me he considerado como un deber resumir en vosotros toda la ternura que debería entre mis pobres hermanas: mi mayor deseo es veros dichosos, y estoy resuelto á ofrecer os cuantos medios estén en mi mano para que lo consigais; hace mucho tiempo que esta idea es la única que me preocupa, y para realizarla he formado y he desechado mil proyectos: hé aqui en el que me he fijado.

Eduardo y Carlos cedieron su atención.

—Tengo una hija, prosiguió M. Destival, á quien cultivo con el mayor cuidado, y que espero que un dia está en estado, por sus virtudes, su talento y su belleza, de hacer la felicidad de un hombre de bien.

—Y que no defraudará vuestras esperanzas, exclamaron á la vez los dos jóvenes con un entusiasmo que hizo adorar al viejo marino.

—Lo creo como vosotros, replicó M. Destival; pero Celina aun no



hacer mucho de paco. Ahora bien; ese poco que os debe servir de punto de partida estoy en posición de daroslo: en los diez años que hace que estais hermanas he hecho en obsequio vuestro algunas economías cuyo total es en el día de veinte mil francos; os tocan diez mil á cada uno, y mañana estoy dispuesto á entregaroslos. De este modo os he propuesto el fin y os he suministrado los medios de entrar en él; á vosotros toca ahora adelantar mas y merecer la recompensa prometida. Por otro lado, añadió animándose, como no podré aceptar dos yernos no teniendo mas que una hija, en caso de que ambos reunais el capital de que os he hablado, dejaré á Celina el derecho de elección, y prometo ayudar al que sea postergado á buscar un partido que la pueda indemnizar con usura.

Fácilmente se comprenderá que despues de semejante conferencia pasaron nuestros jóvenes la noche en la mayor agitación: no durmieron un momento; mil planes extravagantes á razonables ocuparon su imaginación; y cuando amaneció habian los dos tomado sin duda su resolución, porque hé aqui la conversación que tuvieron en el jardín antes de volver á París:

—Y bien, Carlos, ¿has pensado en los medios de obtener el premio que nos propone nuestro buen tío?

—No le hecho otra cosa en toda la noche: ¿y tú?
 —Yo también; y te aseguro que he fijado del todo mis ideas.
 —La misma confianza puedo hacerte.
 —Ah! ¿sería una indiscreción hacerte algunas preguntas sobre este objeto?
 —Dios mío! no; para ser rivales es necesario que dejemos de ser buenos amigos?
 —¡Más respondió Eduardo estrechando la mano de su primo: tendrá un placer en pagarte confianza por confianza.
 —Te confesaré que he estado indeciso sobre el partido que debía tomar.
 —Lo creí... ¿y te has resuelto ya?
 —A no dejar mi posición actual.
 —¿Cómo! ¿Es posible conservarás tu destino?
 —Claramente; porque bien calculado, mi plaza es el primer paso.
 —Sí; pero este primer paso no te llevará ni cerca ni lejos, no llegará nunca.
 —¿Pues qué tienes por ventura intención de dejar la tuya?
 —A fe mía... y no se pasará el día sin que haya puesto mi dimisión en manos del banquero.
 —¿Qué imprudencia!
 —La tuya, querido mío, que haces mas locura. Un destino! ¿Es mas que una traba... la pérdida de un tiempo el mas precioso! Se adelanta con tanta lentitud en un destino... caso que se consiga... al paso que en las artes, en el comercio, en la industria, se adelanta con suma rapidez... y cuando se tiene libertad, energía, inteligencia y diez mil francos, ¿qué no se consigue?
 —Es posible en efecto que renuncie, mi querido Eduardo; pero por esto no dejaré de ser mas firme mi resolución.
 —Ni la mía; voy contentado á entregar mi dimisión.
 —Y yo me vuelvo á mi escritorio.

Eduardo reunia las cuatro condiciones que segun él debían asegurar su fortuna: su dimisión le proporcionaba libertad; no carecia de inteligencia; su energía necesitaba que la contuviesen mas bien que la escitasen; y por último poseia diez mil francos, es decir, un capital con el cual son las mas veces infructuosos todos los esfuerzos, cualquiera que sea la carrera que se emprenda.

Y en seguida puso manos á la obra.

Como lo que hacia mas ruido eran los ajustes fabulosos verificadas con los autores y los directores de los periódicos, ajustos en virtud de los cuales sobia hasta 100,000 francos el premio de una novela, Eduardo imaginó que por este medio podría llevar de una vez la cantidad impuesta por su fin; y se puso á escribir sin interrupcion diez volúmenes sobre un objeto que le pareció el mas interesante del mundo. Después de haber empleado seis meses en esta obra gigantesca, la llevó al periódico mas acreditado de la época. Los diez volúmenes fueron rechazados aunque no examinaron mas que los primeros capítulos, y el resultado fué favorable al autor; le respondieron que se conocia en su novela el germen de un gran talento, pero que lo mas que podian hacer era admitirle para que de cuando en cuando escribiese algun folletín suelto hasta tanto que adquiriese en literatura un nombre que le sirviese de garantía para ajustarle para una obra de importancia sin comprometer los intereses materiales de la empresa.

Esta respuesta, que no dejaba de ser sagaz, birió el amor propio de Eduardo; visitó uno tras de otro á todos los directores de los periódicos, y en todos encontró el mismo recibimiento, tuvo que oír el mismo lenguaje. De despecho arrojó al fuego su manuscrito exclamando:

—La vida del periodismo no es practicable; llamemos á la puerta del teatro; por este medio M. X. ha ganado dos millones.

De resultas de esta determinacion escribió un drama en cinco actos, que segun él debía poner en movimiento á todo París. Pero no se llega de un golpe delante del público; hay jueces á quienes es necesario convencer primero, y estos son los directores del teatro. Pero todos los que tuvieron conocimiento del drama de Eduardo, le respondieron de un modo muy político, y en que era imposible descubrir ninguna señal de conocimiento. Convenian en hacer justicia á las cualidades del estilo; pero el argumento les parecia un poco débil, y desentrevió con muy poco conocimiento del teatro; pero sin embargo estaban muy lejos de desanimarle; antes por el contrario le incitaban á trabajar, y no dudaban que á fuerza de tiempo y de estudio llegaría á adquirir las cualidades que le faltaban.

Eduardo enseñó á los directores de los teatros como habia escuchado á los de los periódicos, é hizo con su drama lo mismo que con su novela.

Renunciando á la literatura se fijó en la industria, y esta vez obtuvo mejores resultados; sus operaciones fueron dichosas. Pero cuando después de haber hecho su balance á fin de año, encontró por total de ganancias 8,000 francos, se apoderó de él un acceso violento de despecho y de cólera.

—¿De aquí mis ganancias! decía tirando los libros; ¡8,000 fran-

cos! la décima parte de lo que necesito! ¡y de los cinco años que tengo de plazo se han pasado dos! Vamos, aun estoy engañado; la industria no es el camino corto para llegar á ser rico; busquémosle otro mejor y mas breve.

Eduardo se lanzó en las especulaciones comerciales: el momento era favorable; después de una larga inacción los negocios volvian á tomar una actividad que prometia. Gracias á su genio amable y simpático, pero sobre todo á su hombría de bien, nuestro jóven negociante no tardó en adquirir una buena clientela; su crédito comenzaba á establecerse sobre bases sólidas; y si Eduardo hubiera mirado el porvenir, hubiera visto todas las garantías de una fortuna creciente; pero por desgracia sus ojos no veian mas que lo presente, y se dejó llevar de nuevo por la desesperacion, cuando al revisar su inventario encontró que las ganancias no hacian mas que compensar los gastos. Con muy poco que hubiera reflexionado hubiera comprendido que el segundo año con los gastos considerables de su primera empresa necesariamente habia de ofrecer resultados poco fecundos; pero esta idea tan sencilla no se le ocurrió, á hizo con el comercio lo mismo que con la industria y la literatura.

Entonces creyó que la causa de su desgracia era su obstinacion en buscar en su país con mucho trabajo lo que tantos otros encontraban, segun él, con tanta facilidad en el extranjero. De este pensamiento á la ejecución no habia mas que un paso; Eduardo se dió prisa á liquidar sus cuentas y convertir los fondos que le quedaban en mercancias de diversas especies, y marchó para las colonias con nueva pacotilla. Pero á la vista de Cayena naufragó; y dió mil gracias á la Providencia, porque fué el único que se salvó de los pasajeros, y el equipaje.

Señal empresa larga y difícil seguir á Eduardo en todas sus transformaciones; fué profesor de francés, de matemáticas, de lenguas muertas; apuró todo el catálogo de sus conocimientos; fué empleado, librero; se metió en una empresa teatral; dejaba á los tres meses una profesion para dedicarse á otra que no ejercia mas tiempo, siempre por la razón de no venir tan pronto la fortuna como él deseaba, perdiendo en una lo que habia ganado en la otra; llegó el término de los cinco años, y se encontró con unos pocos fondos de reserva que en cuanto le alcanzaron para pagar su paso á Francia.

El día fijado los dos primos se encontraron en casa de Mr. Destival en presencia de Colina, que por su parte tambien habia aprovechado el tiempo. No solo habia crecido en belleza y gracia, sino que á las perfecciones del cuerpo reunia las del alma y del corazón; era difícil verla sin amarla. Eduardo, separado de ella hacia dos años, se quedó vivamente admirado de sus progresos, y sintió que sus esfuerzos para merecer un tesoro tan deseado hubieran sido inútiles. Mientras que él se lamentaba interiormente procurando ocultar su confusion bajo una aparente distraccion, su primo, por el contrario, se presentaba con una fisonomía alegre y un aire tranquilo.

A una invitacion de M. Destival, el viajero Eduardo tomó la palabra después de concluida la comida.

—Querido tío, por mi desgracia no tengo nada bueno que decirte, y siento infinito, mi querida prima, no ser digno de una dicha que siempre he tenido en gran precio, pero que en el día, sobre todo, me parece inapreciable. Solo una cosa endulza un poco la amargura de mi pena; y es, que al menos el relato de mis vicisitudes os convencerá de que he hecho cuanto está en la mano del hombre; y que si el triunfo no há coronado mis esfuerzos, es preciso ajustar á los pocos recursos que suministra nuestro siglo al hombre honrado que quiere hacer suerte.

Cuando Eduardo hubo acabado su relato, que todos escucharon con mucha atencion, miró á su tío con un aire que parecia demandar algunas palabras de consoladora aprobacion; pero este movió los dos ó tres veces la cabeza y le dijo:

—Te has engañado, amigo mío, en el modo de juzgar nuestra época; lo mismo era para tu primo Carlos, y sin embargo, él ha encontrado los medios de cumplir las condiciones que os impone.

—Carlos! exclamó Eduardo como pasmado, ¿qué dichosa casualidad le ha favorecido?

—Nada debe á la casualidad, respondió M. Destival; su exactitud, su celo, su inteligencia le han hecho subir de escalon en escalon el rango de jefe de contabilidad de una casa de banco; un trabajo de suma importancia ejecutado con talento le ha valido la amistad de su principal; en fin, dejando á un lado los diez mil francos que le habia dado lo mismo que á tí, ha reunido cada año el fruto de sus economías que naturalmente crecia; y aunque en el día solo tiene seis mil francos de ahorros en cada año, es querido de todo el mundo, acaba de comprar una bonita casa de campo cerca de la mía, y creo que continuará por tan buen camino.

—Es increíble!

—Al contrario, es muy natural. No pretendo que tu primo haya adoptado el medio mas seguro, pero ha sido constante; há aqui todo el secreto. Se puede llegar á un mismo fin por distintos medios, pero con

la ciudad de seguir uno solo, que es lo que ha hecho Carlos, mientras que tú has empezado y abandonado todos; mientras que el menor de sus pasos era para adelante, tú ibas para atrás cada vez que mudabas de camino. Hay más futuro que tú te espantabas á impulsos de tu carácter incostante, impulso á impaciente, Carlos permitía á nuestro lado y ganaba el corazón de su primo: hubiera sido rico, y según habíamos convenido Celina hubiera tenido que elegir entre los dos; pero la mirada que acaba de echar á tu primo te debe indicar de un modo bastante significativo sobre quien ha recaído su elección.

La confusión de Eduardo era estrómadá; conocía cuán justas y verdaderas eran las palabras de su tío.

—Mi primo, le decía con mucha gracia Celina, á falta de otro sentimiento puede contar con mi amistad.

—Y con la mía, añadió Carlos estrechando la mano de Eduardo.

—Y yo, replicó M. Destival, te voy á dar la última prueba de mi cariño; lo bancario, accediendo á mis súplicas, se ha dignado conservar la plaza que dejaste hace cinco años; mañana volverás á asentarte en tu escritorio como si el tiempo pasado hubiese sido un sueño; aun eres joven para asegurarte un porvenir; pero, no olvides que la cualidad más indispensable para prosperar es la perseverancia. No hay cosa más cierta, si lo sabes por experiencia, que este antiguo proverbio:

Piedra movediza no cria moho.

MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

(Conclusión.)

Es tiempo ahora de explicar las miras de política del señor Constanancio, y después damos las razones por qué deseaba con tanto ardor retornar en Siam. Este ministro, griego de nación y que de hijo de un labrador de un pueblito llamado la Custodia en la isla de Cefalonia, había llegado á gobernar despóticamente el reino de Siam, no había podido elevarse á este puesto y mantenerse en él sin excitar contra sí la envidia y odio de todos los mandarines y del pueblo mismo.

Primero se adhirió al servicio del barón, es decir al primer ministro, á quien agradó mucho; sus modales apacibles y agradados, y más que todo esto, un ingenio propio para los negocios y al que nada turbaba, le aconsejaron pronto toda la confianza de su amo, que le comió de bienes, y le presentó al rey como un sujeto propio para servirle fielmente.

Este príncipe no le conoció mucho tiempo sin poner en él su confianza; pero por una ingratitude que no se puede desestimar bastante, el nuevo valido, no queriendo competir alguno en el favor del príncipe, y abusando del poder que ya tenía con él, trabajó tanto que hizo sospechosos al barón, á indujo al rey á desprenderse de un fiel súbdito que siempre le había servido bien. Por esto el señor Constanancio, haciendo de su bienhechor la primera víctima que sacrificó á su ambición, empezó á hacerse odioso á todo el reino.

Los mandarines y todos los grandes, irritados de un proceder que les daba lugar de temer cada instante por sí mismos, conspiraron en secreto contra el nuevo ministro, y se propusieron perderle para con el rey; pero ya no era tiempo, pues él disponía tanto del espíritu del príncipe, que costó la vida á más de 500 de entre ellos que habían querido embarrasar su favor. Supo en seguida aprovecharse tan bien de su fortuna y de las debilidades de su amo, que acumuló tesoros inmensos, ya por sus conclusiones y sus violencias, ya por el comercio de que se había apoderado y que hacía él solo en todo el reino.

Tantos pecados, que había con toda honestad siempre bajo el pretexto del bien público, habían sublevado todo el reino contra él; pero todo pasaba en secreto, y nadie se atrevía á declararse; aguardaban una revolución que la vejez del rey y su salud vacilante les hacían mirar como próxima.

No ignoraba Constanancio en mala disposición para con él; tenía demasiado talento, y conocía demasiado los males que les había hecho, para creer que los hubiesen olvidado tan pronto ellos mismos. Sabía de otra parte mejor que nadie cuán poco había que contar con la salud del rey, siempre endeble y decrepito. Conocía también todo lo que tenía que temer de una revolución, y comprendía muy bien que antes se librara de ella, si no estaba apoyado por una potencia extranjera que le protegiese estableciéndose en el reino.

En esto en efecto todo lo que tenía que hacer, y el finca á que se proponía. Para llegar á él, era preciso primero persuadir al rey que recibiese extranjeros en sus estados y les permitiese una parte de sus plazas. Este primer paso no costó mucho al señor Constanancio; el rey defería de tal modo á todo lo que le proponía su ministro, y este le hizo valer tan hábilmente todas las ventajas de una alianza con extranjeros, que este príncipe accedió fácilmente á todo lo que se quiso.

La gran dificultad fué determinarse la elección del príncipe á quien se dirigiría.

Constancio, que solo obra para sí, no se cuidaba de pensar en ningún príncipe vecino: la falta de adicción es ordinaria en ellos, y había demasiado que temer, que después de haberse sugerido con sus despojos no le entregasen al perseguido de los mandarines, ó no hiciesen algun tratado cuyo precio hubiese sido su cabeza.

Los ingleses y holandeses no podían ser atraídos á Siam por la esperanza de la ganancia, no pudiendo el país suministrar para un comercio considerable; las mismas razones no le permitían dirigirse ni á los españoles, ni á los portugueses; en fin, no viendo otro recurso, creyó que los franceses serian más fáciles de engañar. Con esta mira indujo á su amo á buscar la alianza del rey de Francia por medio de la embajada de que hemos hablado primero; y habiendo encargado en particular á los embajadores que insinuasen que su amo pensaba en hacerse cristiano, cosa en que nunca había pensado, el rey de Francia creyó que era propio de su piedad el concurrir á esta buena obra, enviando á su vez embajadores al rey de Siam.

Constancio, viendo que una parte de su proyecto había tenido tan buen éxito, pensó en sacar partido de lo demás. Empezó por declararse primero con el señor de Chamont, á quien dió á entender que los holandeses, con el designio de estender su comercio, habían deseado mucho tiempo había un establecimiento en Siam; que el rey nunca había querido oír hablar de esto, temiendo el carácter imperioso de esta nación, y recordando que no se hiciesen dueños de sus estados; pero que si el rey de Francia, con cuya buena fé tenía mas que contar, quería entrar en un tratado con S. M. Siamesa, él se empeñaba en hacerle entregar la fortaleza de Bancot, plaza importante en el reino, y que es como su llave, con la condición sin embargo de que se enviarían allí tropas, ingenieros y todo el dinero que fuese necesario para empezar el establecimiento.

El señor de Chamont y el shah de Choisy, á quienes fué comunicado este negocio, no juzgándolo factible, no quisieron encargarse de él. El padre Tachard no tuvo tanta dificultad; desde luego por las ventajas que creyó que el rey sacaría de esta alianza, ventajas que el rey hizo sonar bien alto y muy allá de toda apariencia de verdad, engañado de otra parte por este ministro diestro y su hipócrita cuando era menester, y que ocultando todos sus manejos bajo una apariencia de celo, le hizo ver tantas ventajas para la religion, sea de la parte del rey de Siam que según él no podía dejar de hacerse cristiano un día, sea por respeto á la libertad que una garnición francesa en Bancot aseguraría á los misioneros para el ejercicio de su ministerio; habiendo, en fin, por las promesas del señor Constanancio que dió palabra de hacer un establecimiento considerable á los jesuitas, para quienes debía hacer edificar un colegio y un observatorio en Luvó; en una palabra, no viendo este padre nada en todo este proyecto que no fuese muy ventajoso para el rey, la religion y su compañía, no vaciló en encargarse de esta negociacion; hasta se hizo cargo de llevarla á cabo, y lo prometió al señor Constanancio, supuesto que el padre de Lachaise quisiese meterse en ello y suplir su crédito para con el rey.

Dada entonces el padre Tachard tuvo todo el secreto de la embajada, y se determinó que él regresaría á Francia con los embajadores siameses. Estando todo convenido así, mi regreso era mirado por Constanancio como el obstáculo que podía perjudicar mas á sus designios; hé aquí la razon. En las diferentes negociaciones á que sus funciones de mayor de la embajada me habían obligado para con él, había reconocido en mí un carácter libre y franco, que no habiéndome permitido nunca disimular, me lo hacía llamar todo por su nombre. Con este pensamiento receló que no teniendo yo una muy grande idea de Siam y del comercio que podría establecerse allí, lo que yo había dado á conocer bastante abiertamente, aunque no me temiese de ninguna manera de su designio, receló, digo, que estando yo en Francia no hiciera lo mismo que en Siam, y que divulgando todo lo que pensaba de aquel país, yo no arruinase con una sola palabra un proyecto sobre cuyo buen éxito él fundaba todas sus esperanzas.

Y si se debe decir la verdad, no dejaba de tener razon en no fiarse de mí en este punto, porque yo nunca habria dejado de decir todo lo que sabía, apreciando mucho el interés del rey y de la nación, para no dar lugar con mi silencio á una empresa de muy grande gasto y ningún provecho. Recelando pues que diciendo la verdad no destruyese yo todo lo que él había manejado con tanto arte, hizo todo lo que pudo para retenerme, como ya he dicho.

Hé aquí en verdad cuáles fueron sus razones, de que yo no empecé á estar instruido hasta después de la partida de los embajadores, en una larga conversacion que tuve con él, y en la que me dejó entrever una gran parte de lo que he referido; y en cuanto á lo demás, he estado instruido de ello, en parte en conversaciones particulares que tuve con personas que estaban informadas á fondo, y en parte por la serie de los sucesos cuyo principio me ha sido fácil aclarar, á medida que los veda ocurrir. Vuestro ahora á mi mansion en Siam.—F. J.

LA ESPERANZA DEL POETA.

A MI DIGNO CATEDRÁTICO D. JOSE PUENTE Y VILLAUNA.

Angel de la armonía
 Que, de lauros espléndidos ornado,
 La inmensidad vacía
 Animas inflamado,
 En medio de los orbes encumbreado.
 ¡Tú que, del tiempo grave
 Al compás misterioso, en la alta esfera
 Hieres el arpa suave
 Que, en la aurora primera,
 Eco fugace de los cielos fué!
 Deja ese altivo asiento
 De dó á tus plantas ves tendido el mundo,
 Y, atravesando el viento,
 Desciende á este profundo
 Árido suelo que en mi llanto inundo.
 De amargura sembrada
 Está la tierra; en su estension umbria
 No encuentro una mirada
 De amor que endulce pía
 La angustia y soledad del alma mía.
 A la estrellada zona
 Quiso trepar mi juventud lozana
 Tras inmortal corona;
 Mas mi vuelo con vana
 Risa cortó la muchedumbre insana.
 Cai, y las torpes gentes
 Al mirarme abatido, en carcajadas
 Rompieron impudentes,
 Batiendo alborozadas
 Sus palmas viles en maldad bañadas.
 Como en el firmamento
 Se chocan dos cometas relumbrando
 Con impetu violento,
 Las esferas nublando
 Y en estrépito horrisono estallando!
 Así el cielo y la tierra
 Entonces en mi espíritu chocaron
 En formidabile guerra,
 Mi vida conturbaron,
 Y el corazón en sombras sepultaron.
 La vista hácia el pasado
 Tendí, buscando con ardiente anhele
 En su espacio insondado
 Un rayo de consuelo
 Que iluminará mi-espantoso duelo;
 Y hallé solo un gran monte
 De polvo, sangre y llanto, cuya cumbre
 De la Parca bifronte
 Gime á la pesadumbre,
 Esparciendo en redor siniestra cumbre.
 En su fosca ladera,
 Con letras de fatídicos colores
 Escrito reverbera:
 «Siempre cogió dolores
 La virtud en el mundo; el crimen flores!»
 Ante ese triste lema
 Mi alma se abatió sobreecogida,
 Cuando de la suprema
 Region de eterna vida
 Suave acento bajó: «¡Espera y olvida!»
 Fué el eco palpitante
 De tu cauto inmortal: sonrisa pura
 Irradió en tu semblante;
 Se sonrió natura
 Y vi el cielo á través de su hermosura.
 Pero ¡ay! al suelo miro,
 Y en él reinando la impiedad encuentro;
 Y, herida, hondo suspiro
 De mi corazón dentro
 Da el alma que volar quiere á su centro.
 ¡Sácame de este inmenso
 Templo de corrupcion do á las pasiones
 Elevan torpe incienso
 É infandas obligaciones,
 Vestidas de impureza, las naciones!

En su festin horrendo
 Cegadas ¡ay! por el error se mecen,
 É impudicas riendo,
 Al Señor escarnecen
 Y su insondable cólera embravecen.
 ¡No saben que su ira,
 Si sobre ellas tronando se desata
 En voladora pira,
 Sin fin las arrebatá,
 Cual á hojas mustias crespa catarata!
 Mientras por medio de ellas
 Pasa el poeta en soledad envuelto,
 Mirando á las estrellas,
 Como nave, del suelo
 Noto al rugir, en piélago revuelto:
 En su arroyo inefable
 Oye lejana la sangrienta orgía
 Del mundo miserable
 Que, con loca porfia,
 Anonadar al Creador ansía.
 Y sus ojos en tanta,
 El vértigo al mirar del mundo impío,
 De amargo y negro llanto
 Vierten copioso río
 Que lento corre el porvenir sombrío;
 Y avanza el vate augusto,
 Como un coloso con erguida frente,
 Cantando en sonrobusto
 Las sombras que su mente
 Inquieta surcan en tropel hirviente.
 Y las futuras gentes
 Brotando van á su inspirado acento;
 Oyente reverentes,
 Y egrégio monumento
 Le alzan, de su memoria eterno asiento.
 Allí firme y sereno
 De los siglos verá el raudal torrente
 Pasar de ruinas lleno...
 Y tu diadema ingente
 Sus sienés ceñirá resplandeciente!
 ¡Cuándo ese hermoso día
 Lucirá sobre mí, y el alto anhele
 Que oprime el alma mía
 Podrá en plácido vuelo
 Libre espaciarse por el ancho cielo!
 En tus alas me lleva,
 Angel querido, á aquel sublime asiento
 Donde estasiado beba
 Luz pura el pensamiento
 En la copa del claro firmamento:
 Y el arpa resonante
 Que eco fugace de los cielos fuera
 En el éter radiante
 Dame allí, que ligera
 Entre mis manos vibre placentera.
 Oh! Si á la de zafiro
 Rueda del tiempo dieras con tu aliento
 Tan presuroso giro
 Que, á colmar mi contento,
 Pronto llegara quel feliz momento!
 ¡Cuántos dulces cantores
 Se elevarian en redor, ceñidos
 De celestiales flores
 Y de fulgor vestidos,
 Celebrando mi gloria embebecidos!
 Y tú, volando luego
 A la inmortalidad, en su azul puro
 Esculpieras con fuego
 Mi nombre, hoy tan oscuro...
 Mas ¡ay! en vano en mi ansiedad me apuro!
 Al padre Soberano,
 Niño ambicioso, te prosterna y ora,
 Que en su infinito arcano
 Tu sino oculto mora...
 En tanto olvida y esperando llora!!

GEMESINDO-LAVERDE RUIZ.

Director y propietario, D. Angel Fernández de los Rios.

Madrid — Imp. del Semanario é Instruccion, á cargo de D. G. Añadua.